

su caridad, su celo por la salvación de las almas, su don de consejo y de discreción de espíritus. Dechado acabadísimo de sacerdotes, él frazó con el ejemplo de su persona antes todavía que con su palabra y su pluma el retrato del sacerdote que admiramos en sus *Pláticas* al Clero cordobés; vivió como hombre celestial o como ángel terrenal. (Tomo I, pág. 382).

CELO APOSTÓLICO

No guardó para sí avaramente sus tesoros el Apóstol de Andalucía, sino que los comunicó a sus prójimos con prodigalidad de misionero.

De ahí la abrumadora labor que desarrolló en el púlpito, predicando aquellos sermones que, aun cuando largos, pues llegaban a las dos horas, no fatigaban a los oyentes. La íntima persuasión del orador, la fama de su santidad, la abundancia de doctrina, el movimiento de los afectos, la energía en reprender los vicios, los tiernos coloquios con el Señor y con su Madre Santísima, el resplandor intenso de sus ojos, la densa elegancia de la forma atraían y subyugaban. No había allí artificio retórico, y el mismo Juan de Avila decía al P. Granada que le bastaba la noche anterior para estudiar los sermones; pero otros libros de más alta sabiduría había antes manejado, los libros que en su pecho había escrito con pluma celestial el Espíritu Santo (Vida, Cap. III, pág. 457).

Bajaba del púlpito y metíase en el confesonario, a pesar de descender de allí cansado y empapado en sudor. Devorábale el *celo de la Casa de Dios*, como dice el salmista (P. LXVIII, 10); empero era necesario «seguir la caza que dejaba herida desde el púlpito», hasta hacer la presa con mano firme y servirla en la mesa del Señor. ¡Con qué paciencia escuchaba a los penitentes y con qué mirada tan certera leía en sus corazones! ¡Qué don tan abundante de discreción de espíritus le concedió el Altísimo! ¡Cómo subían las almas bajo su prudente y experta dirección la cuesta de la santidad!

Esta dirección tan sabia continuábala el Beato por medio de las cartas, arsenal inmenso de caridad, de teología de pasajes bíblicos y de ciencia ascética. Refiere Fray Luis de Granada que siendo tantas y de asuntos tan delicados «no le costaban más trabajo que el de la